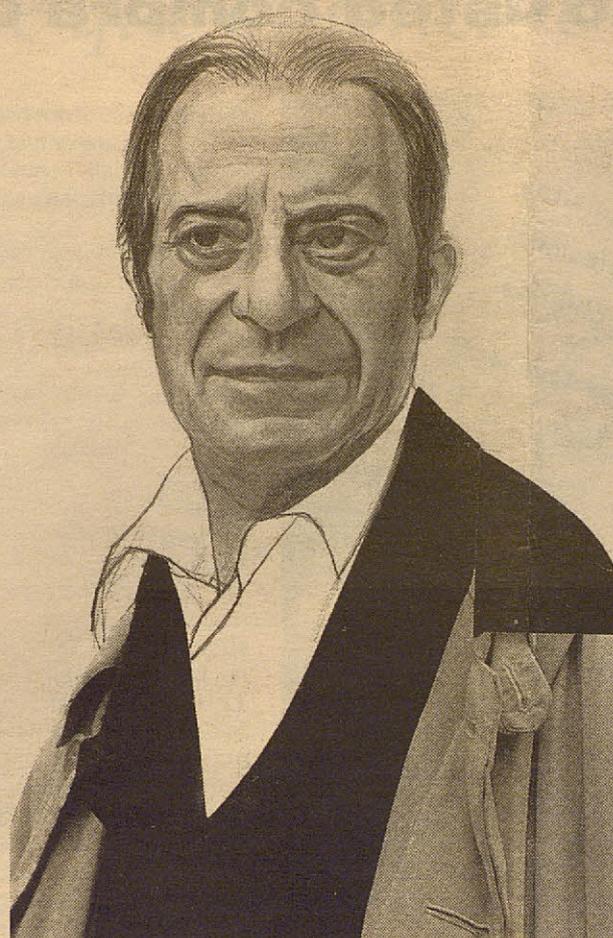


ASUNCIÓN CARANDELL

El día que murió José Agustín

El día que murió José Agustín fuimos de compras por la mañana, después comimos y él se empezó a poner nervioso; le pasaba muchas veces. Yo tenía que ir a recoger a Víctor, mi nieto, que salía de la escuela a las cuatro. A veces J. A. exageraba su nerviosismo porque pensaba que yo, que ya tengo 68 años, no había de hacer tanto esfuerzo. Yo había disminuido mi dedicación al niño, pero quería mantener un poco de ayuda a mi hija Julia. Cuando vi que estaba nervioso, pensé en esperar a que estuviera mejor y coger un taxi; le dije que tomara un transilium, pero no quiso porque le deprimía más, a la larga. Le hice un poco de masaje en la espalda y dijo: "Ya te puedes ir". Eran, aproximadamente, las 3.35 h. José Agustín sabía que volveríamos antes de tres cuartos de hora. El accidente ocurrió al cabo de un cuarto de hora. El único escrito que encontramos, y que la policía se llevó, decía: "Ton, la persiana se ha atascado". Siempre dejábamos papeletos con notas. (Efectivamente, la persiana había quedado encallada en la parte donde la ventana corredera estaba abierta. Así lo explica el atestado de la policía que no dice en ningún momento que fuera suicidio. Cuando fui a leerlo, el lunes siguiente, el jefe de policía estaba indignado de que hubieran dicho que esa información había salido de ellos.) Me imagino que, después de escribirlo, pasearía un poco, vería otra vez la persiana e intentaría arreglarla con las terribles consecuencias... Algún vecino habló con un periodista, que extendió la noticia rápidamente: el único testimonio, de que "cayó", fue un repartidor de pizzas que frenó a pocos metros de él, pero sólo vio que caía. He preguntado si alguien lo vio en la ventana: nadie.

Paco Ibáñez, que acaba de musicar otros poemas de José Agustín, le había propuesto dar un recital en el teatro Borràs (22 abril, 9 mayo) como en el 94. Él, que adoraba a Paco, respondía muy bien a ciertos estímulos. Me dijo que yo le tenía que cuidar como a un caballo de carreras cuando hiciera los recitales, frase muy suya. Le dije que sí, pero que las circunstancias no permitían demasiadas filigranas, y que yo haría lo que pudiera, que pensara bien si quería hacer los recitales. Paco Ibáñez y Julia Sanjuán, su compañera, vinieron a vernos. Les planteamos la situación. Paco, muy acostumbrado al mundo de artistas, dijo que J. A. debía preparar las cosas y aceptar el contrato pero que podía revocarlo si, a



JORDI BARBA

última hora, no se veía con fuerzas; era como cuando un artista tiene una pulmonía. J. A. quedó muy tranquilo. Desde ese día empezamos a hacer un plan para reforzarlo físicamente y preparar el recital.

José Agustín pasaba ratos de todo, pero en general estaba mucho más animado y activo. Nosotras, Julia —muy unida a él afectivamente— y yo, estábamos muy acostumbradas a sus depresiones. Le sobraba tiempo, leía muchas horas, pero veía poca gente y buscaba alguna actividad: siempre había trabajado en el mundo de la construcción, en eso se ganó la vida desde los 26 años hasta hace unos diez: tuvo una empresa de electricidad y fontanería, había reconstruido tres casas, una de ellas de 20 habitaciones; dirigía una urbanización: carreteras, tendidos de luz, etcétera, y tenía gran preocupación por hacer que las cosas funcionaran correctamente —esto lo ha comentado en una entrevista Pedro Valicourt, el compañero de Julia—, vacia-

ba las papeleras, dividía en tres bolsas la basura; cambiaba inmediatamente las bombillas si se fundían, iba a buscar al lampista, de la calle Santaló, si un grifo se salía; llamaba a su amigo, el carpintero Jordi Melendo, para hacer arreglos. No es extraño que quisiera arreglar la persiana, ni tampoco que perdiera el equilibrio porque tenía muy poca estabilidad. Había tenido una miniembolia en el verano de 1997: tenía falta de sensibilidad en las puntas de los dedos y mucha inestabilidad. Tengo el resultado de la revisión médica que pasó en el gimnasio DIR: afirma que tiene "dificultad de la coordinación" (3/III/1999).

Desde que a J. A. le propusieron los recitales en el Borràs habíamos estado preparando los poemas. J. A. me dio la selección, que le imprimí en el ordenador, eligió un número menor y lo llevó todo, en un disquete, al taller de Julia Sanjuán, para que publicaran alguno de ellos en los programas, y comentar con Paco las canciones y poemas definitivos. A principios de marzo sacó la renovación del carnet de conducir. Se encargó unos pantalones a medida, en Groc, que fue a recoger la mañana de su muerte y de paso llevó otros pantalones para que se los estrecharan (que aún están allí).

Llevó unos zapatos nuevos a la horma del zapatero. El jueves, 18, empezó los ejercicios recomendados, en el gimnasio citado, y no se cansó, era muy fuerte y tenía muy bien el corazón y las articulaciones, había jugado mucho al fútbol durante su juventud. El martes anterior le hicieron una entrevista en Radio Murcia que ha publicado luego un periódico de Madrid. El mismo viernes fuimos a comprar unas camisetas de la misma marca que gasta Paco Ibáñez. Todas estas cosas las hacía reposadamente, alternándolas con la lectura de periódicos y libros: los tres últimos que iba combinando eran "El Quijote", libro que siempre releía; "La ciudad de los niños", de Tonucci, y "De mar a mar", epistolario de Rosa Chacel y Ana Moix.

José Agustín no estaba como hace años, había ido envejeciendo, tenía depresiones, pero lo que más controlaba era la excesiva euforia, quería que yo le advirtiera de ella y yo vigilaba mucho los indicios. Estaba preocupado

por la situación mundial, por la española, por los malos tratos a las mujeres, por temas que él seguía día a día, en diarios y publicaciones, pero Julia y yo decíamos que "renacía de sus cenizas", estaba muy mal, a veces, y con ciertos estímulos parecía un dios. Creo que eso le ocurrió en el programa de Canal Plus, en noviembre, volvió a Barcelona radiante. También volvió muy contento, con Pere Pena —estudioso de su obra y amigo— de Granada. Fue un mes antes de su muerte; Pere me dijo que había estado fantástico en el recital que tuvo lugar en la universidad, y García Montero y Almudena Grandes le habían encontrado muy bien.

No quería beber, eso le cohibía, a veces por la presión que hay en este sentido: no hay libertad de no beber sin una excusa de "mucho peso". Además es muy difícil cambiar de imagen. J. A. había hecho muchos esfuerzos para responder a lo que se esperaba de él y a veces eso le cansaba. Su obra y su personalidad bastaban para ser considerado y querido. Cuando murieron Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, yo le convencí para que dejara de be-

EL SUICIDIO ES UNA
 opción, pero la verdad
 es la verdad: José Agustín
 fue constructivo
 hasta el último día

ber. Fuimos al Clínic y vimos que el problema era la mezcla de alcohol —poco— y litio que daba un cuadro exagerado. El doctor Villalta le entendía muy bien y desde entonces José Agustín dejó de beber. Este dejar de beber se interrumpió en algunas ocasiones, muy pocas. Necesitaba estímulos, la propuesta de Paco Ibáñez le dio una inyección de optimismo.

Creo firmemente que fue un accidente, pero además lo quiero sostener y defender. El suicidio es una opción, no tengo prejuicios morales ni filosóficos, pero la verdad es la verdad: José Agustín fue constructivo hasta el último día. Si hubiera quedado con vida, al caer, hubiera sentido mucho que el accidente se hubiera malinterpretado: la actuación de José Agustín no era la de un suicida, era la de una persona deprimida, a veces, pero que sabía agarrarse a los estímulos que le brindaba la vida. ●